

## Memoria y esperanza

Tatjana Louis / Universidad de los Andes

En Colombia, el uso del término *memoria* ha experimentado en los últimos años un auge que casi se puede llamar inflacionario. Castillejo (2010) enumeró no menos de quince combinaciones distintas en las cuales se está utilizando la palabra *memoria* en diferentes contextos: memoria histórica, reconstrucción de memoria, memoria comunicativa, memoria cultural, para nombrar solamente algunos (21-22). Desde entonces, el número de usos sin duda no se ha reducido, todo lo contrario. Especialmente en el contexto de la justicia transicional y el proceso de paz, el término adquirió una dimensión política que se traduce sobre todo en derechos y deberes con una meta ambiciosa: con el deber de la memoria del estado, como lo define la Ley de Víctimas (No. 1448 de 2011), se debe cumplir no solo el derecho de las víctimas a la verdad, lograr la reconstrucción de la memoria histórica del conflicto, esclarecer causas y desarrollo del conflicto y contribuir a la reparación (simbólica) de los afectados, sino en últimas lograr una convivencia pacífica entre las partes sociales en conflicto, o incluso una reconciliación de una sociedad profundamente herida.

Las políticas de la memoria hacen parte de la lista de chequeo de la justicia transicional, pero es obvio que se trata solamente de un inicio de un proceso que no se puede limitar a la dimensión normativa. La memoria no es estática, sino que se encuentra en una negociación constante, en la cual participan muchos actores distintos. Es un proceso colectivo que en realidad no termina nunca, porque depende de necesidades presentes que a su vez están cambiando (A. Assmann, 2007, 11).

El sociólogo francés Maurice Halbwachs (1992) describió ya casi hace un siglo por primera vez la memoria social como un acto colectivo que es compartido pero se puede concebir solo a través de la mirada individual. Los marcos sociales, es decir los grupos en los que se mueve el individuo, moldean y construyen las percepciones individuales que se reúnen en lo colectivo. Halbwachs articuló una tensión que es central para la memoria: la competencia entre distintas versiones de “lo que pasó”. Se manifiesta entre distintas perspectivas individuales, entre individuos y grupos, entre versiones inoficiales y oficiales, memorias hegemónicas y memorias marginalizadas.

Para concretizar esta tensión, Halbwachs habla de una distinción entre memoria (colectiva) e historia (científica) que es difícil de mantener, ya que la historia misma es un constructo hegemónico. Con la diferenciación de la memoria colectiva en una memoria comunicativa y una memoria cultural, el científico de estudios culturales, Jan Assmann

(1995), contribuyó a una mejor comprensión de los procesos colectivos que se dan en la construcción de una memoria histórica. La memoria comunicativa es una memoria en movimiento que por lo general refleja las experiencias vivas – la historia del presente por ende – de los integrantes de una determinada comunidad de memoria. Su carácter negociado es mucho más tangible que de la memoria cultural, ya que todos los participantes tienen el mismo derecho de decidir, contar e interpretar los contenidos. La memoria cultural a su vez es la memoria fija, profesionalizada y construida que contempla períodos más largos de la historia, donde solo aquellos que disponen de una autoridad discursiva pueden participar en las negociaciones.

Colombia se encuentra en una coyuntura interesante, porque cuando se habla de (re-)construcción de la memoria histórica, efectivamente se trata de una (re-)negociación del pasado que afectará no solamente el pasado reciente del conflicto (memoria comunicativa), sino la historia colombiana en toda su complejidad (memoria cultural). Si se quiere llegar a una comprensión profunda de las causas del conflicto y su desarrollo – un ejercicio que está asumiendo el Centro Nacional de Memoria Histórica – se necesita entender las violencias estructurales, las relaciones entre poderes e impotencias y los problemas sociales repetidos que forman el ruido de fondo de la historia colombiana.

La historia de un país y de una sociedad es un proyecto identitario que debe definir y fortalecer el grupo, al igual que apoyar un sentimiento de pertenencia al mismo (Assmann 1995). Para lograrlo, la historia no solo tiene que ser compartida, es decir debe gozar de una aceptación generalizada, sino que tiene que contar un relato coherente y generador de sentido. Lo que es coherente y genera sentido sin embargo se define desde las necesidades actuales. El relato por ende siempre está sometido a transformaciones y requiere una negociación social permanente que en tiempos de cambios tan fundamentales como los que está viviendo Colombia en este momento son un reto mayor.

La memoria (histórica) de Colombia debe cumplir con la multi-perspectividad y controversia que trae un pasado conflictivo. Debe incluir aquellas perspectivas y voces tradicionalmente excluidas y conciliar las versiones distintas y hasta opuestas de lo que pasó. Debe darle el espacio necesario a las víctimas y a sus experiencias traumáticas. Y, más importante aún, debe lograr que el pasado violento que ha vivido una parte significativa de la población colombiana sea concebido como propio incluso por aquellos que vivían lejos del conflicto. Pues no es suficiente cumplir con el ejercicio de memoria como se contempla desde la justicia transicional

y las instituciones oficiales para lograr estos cambios. Sin duda brindan el espacio necesario para el cambio, pero la (re-)construcción de una memoria histórica tiene que darse desde el interior de la sociedad; no puede ser impuesta. Es un desarrollo que necesita tiempo, paciencia y una sociedad dispuesta a enfrentar y a asumir estas transformaciones.

Es una buena noticia que las negociaciones alrededor de la memoria – y de la historia a la vez – que se dan actualmente en Colombia sean múltiples y provengan de lugares sociales muy distintos y con diferentes grados de “oficialidad”. Tienen en común el esfuerzo sincero y creativo por la construcción de una memoria que en un futuro realmente puede ser concebida como compartida, colectiva y propia.

Con la presentación de este número de la *Revista de Estudios Colombianos* se puede dar una muestra del panorama diverso que existe alrededor de la memoria y sus retos particulares. Néstor Aurelio Muñoz, maestro de Ciencias Sociales en la Institución Educativa San Bartolomé de La Florida, presenta en “El Oficio de hacer memoria”, la perspectiva del aula y la responsabilidad del profesorado frente a sus estudiantes.

Pilar Riaño y María Victoria Uribe, en su artículo “Construyendo memoria en medio del conflicto”, examinan el trabajo hecho por el Grupo de Memoria Histórica con relación a las víctimas y al esclarecimiento del pasado reciente. Identifican los alcances y límites de esta labor en un proceso institucionalizado, igual que las tensiones que se generan entre las necesidades de las víctimas por un lado y los objetivos del proceso de justicia transicional por el otro.

La construcción de la memoria histórica se refiere por lo general a la construcción de una memoria periférica en el sentido que sus portadores pertenecen a grupos tradicionalmente pasados por alto. El texto de Yenifer Luna Gómez, “Repertorios conmemorativos de mujeres sobrevivientes de cuatro masacres en Colombia”, se enfoca explícitamente en aquellas experiencias desde la periferia. Las mujeres representan a un grupo particularmente vulnerable entre las víctimas, pero al mismo tiempo encuentran formas expresivas y creativas para manejar la pérdida y el duelo y reorganizar la cotidianidad de sus vidas bajo condiciones cambiadas y precarias.

Constanza López Baquero, en “Las galerías urbanas de memoria en Medellín”, hace un recorrido por el arte en el espacio público urbano. Indaga cómo los murales y graffiti tematizando el conflicto transforman el espacio urbano y permiten una reinterpretación del significado de los lugares para sus habitantes.

La violencia en Colombia no solo está ligada al conflicto mismo, sino hace parte de todos los ámbitos de la vida social. El caso de El Cartucho y la memoria de un no-lugar es el tema del artículo de Martín Ruiz Mendoza. En “Cartuchos abiertos: memoria de lo borrado en *Testigos de las ruinas* de Mapa Teatro”, estudia cómo el grupo Mapa Teatro, alrededor de Heidi y Rolf Abderhalden, salvan la memoria de los

habitantes desarraigados del barrio El Cartucho, y cómo lo están recreando en tanto lugar que al fin y al cabo permanece como un lugar imaginado y surreal.

Otra puesta en escena de la memoria la analiza Daniel Tobón en su contribución sobre *Un tigre de papel* y el cine de la memoria. La película como medio de la memoria es una categoría cada vez más importante para las negociaciones y luchas por la memoria y juega con la distancia crítica y la cercanía acrílica a la vez. Pues el cine presenta interpretaciones hechas, pero al mismo tiempo produce testigos presenciales mediados que luego nutren sus propios imaginarios con lo visto en cine.

Abrir los espacios para hacer memoria y para permitir las distintas voces que hablan de las violencias del pasado es meramente el inicio de un proceso que requerirá mucho más tiempo y ocupará a generaciones. Para lograr una paz duradera y estable es primordial la implementación sostenible de las políticas de la memoria. El colegio sin duda tiene un papel central en este proceso, ya que alcanza a una gran parte de la población y – más importante aún – a las futuras generaciones. Ariel Sánchez Meertens presenta en su contribución, “Guerra, educación y memoria. Apuntes sobre la transmisión del conflicto armado en Colombia”, un análisis de la situación en la escuela. Examina la presencia del conflicto en textos escolares, en los planes de estudio y hasta en las cabezas de los estudiantes con el fin de entender las dinámicas del aprendizaje al igual que la transmisión de conocimiento sobre el pasado reciente. Complementa así lo expresado por Nestor Muñoz en el oficio de hacer memoria.

Este número de *Revista de Estudios Colombianos* abarca dos entrevistas. En la primera, Martha Nubia Bello, directora del futuro Museo Nacional de la Memoria, habla del papel de la memoria en la sociedad, las responsabilidades frente a las víctimas, el reto de la multi-perspectividad y las dificultades que presenta la musealización de un pasado que aún es bastante presente. La segunda entrevista es con Ricardo Esquivia, fundador de las organizaciones Sembrandopaz y de ASVIDAS en Montes de María. Su testimonio constituye otro ejemplo de cómo una persona víctima del conflicto y de un lugar marginalizado se recrea desde su experiencia dolorosa y se convierte en el actor de su propia historia.

La (re-)construcción de la memoria histórica no solo es un ejercicio útil y necesario en el enfrentamiento con un pasado doloroso. Es sobre todo la manera de convivir con el pasado y volverlo tolerable. Como práctica cultural, la memoria histórica le asigna sentido al pasado de manera que pueda servir de orientación para el presente y el futuro (Rüsen 2004: 66-67). La sociedad colombiana se encuentra al inicio de un camino que no será libre de dificultades y decepciones. Pero es un camino que desde el compromiso de los actores, la diversidad y la creatividad de las manifestaciones de la memoria, alberga la esperanza de que se supere el ejercicio normativo y se llegue a una memoria que realmente surja desde el interior de la sociedad.

**Obras citadas**

- Assmann, Aleida. 2007. *Geschichte im Gedächtnis. Von der individuellen Erfahrung zur öffentlichen Inszenierung*. München: C.H. Beck.
- Assmann, Jan. 1995. Collective Memory and Cultural Identity. *New German Critique* 65: 123-133.
- Castillejo, Alejandro. 2010. "Iluminan tanto como oscurecen. De las violencias y las memorias en la Colombia actual". En *Memoria, silencio y acción psicosocial*, editado por Edgar Barrero Cuellar. 21-60. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre.
- Halbwachs, Maurice. 1992. *On Collective Memory*. Chicago: University of Chicago Press.
- Rüsen, Jörn. 2004. "Historical Consciousness: Narrative Structure, Moral Function, and Ontogenetic Development". En *Theorizing Historical Consciousness*, editado por Peter Seixas. 63-85. Toronto: University of Toronto Press.